

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE (1584-1648)

*LA INCLINACIÓN ESPAÑOLA*

*De La Quinta de Laura (1649)*

Gobernaba el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos y amado de sus vasallos: este en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes siempre salió vencedor, porque asistía en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brío del soldado para pelear mejor; pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar después el premio que merece por sus lozanas. Conociendo esto Casimiro, premiaba a sus soldados, viniendo por sus puños a verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, con que era el rey más temido de la Europa. Entre los capitanes que más se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita, fue uno que acertó a venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla: vínose con su mujer, que a esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique, y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió a Casimiro que le obligó a darle premios muy iguales a sus grandes servicios, con que llegó a verse conde en la corte de Polonia.

Un día que el rey salió a cazar (libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor), después de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la margen de una clara fuente, a donde no con majestad de rey, sino con llaneza de igual a sus caballeros, quiso merendar en su compañía, acción que no disminuye la majestad real, usada tal vez; antes acrecienta amor en los súbditos. Después de haber merendado se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se daban el primer lugar entre todas, y el segundo al español: otros se apasionaban por el francos: otros por el húngaro; en efecto hubo diversos pareceres entre ellos, estándoles atento a todo Enrique con mucha nota del rey, porque conoció que por molesto no celebraba su nación, cuando merecía tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversación le dijo el rey: Amigo Enrique, qué es la causa, porque alabando todas las naciones, dándoles el lugar que merecen, o su pasión les dicta, tú estas tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, según conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero:

—Serenísimo señor, en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que sería ignorancia mía introducirme a darle siendo extranjero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto.

—Con todo —dijo el rey—, gustaré de oírte; así te mando que en este particular digas tu sentimiento.

—Porque la obediencia me obliga —dijo Enrique—, habré de obedecerte; y así digo: que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas mas se ganaron, eso adquieren de fama a la nación que las consiguen; y si hemos de dar crédito a las historias, es cierto que por ellas se sabe que nación ninguna ha alcanzado más nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nación parece que nació solo para aventajarse a todas las demás en el valor y en la bizarría: y la mayor señal de que es esto que digo cierto, es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan a sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar a sí, y luego el segundo le dan a la española; de donde se infiere que, reconocida esta por segunda de todas, viene con esto a ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuan inclinados somos los Españoles a las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor.

—¿Cual es? —dijo el rey—, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecución.

—Es —dijo Enrique—, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho más que dejar el pecho de su madre o ama, y encerrar a este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo de los ojos de agrado, a lo primero que se inclinará será a las armas, porque estas le mueven el apetito a seguir su profesión, y le da incentivos para pelear. Esto es lo que siento.

—Mucho me huelgo —dijo el rey—, de haberte oído eso, y quisiera hacer la experiencia más a mí gusto que ahora puedo; pero tú verás que la hago, sino con la propiedad que quisiera, con la que pueda; y aun será castigo tuyo por no haber alabado mi nación, siquiera por cumplimiento.

Esto dijo el rey con algún enfado, de que quedó Enrique con pesar de verle así: presto le tuvo él de haber alabado su nación tanto, y de darle intención para pruebas de ella, porque sabiendo el rey que Enrique tenía un solo hijo de solo dos días que le había nacido, violentamente se le tomó de su casa, con tiernísimo sentimiento de Blanca, su madre, y de su padre: A este le hizo encerrar en una oscura cueva que hizo a propósito con sus aposentos cavados en peña viva, capaz de habitar en ellos con mucha comodidad. Cuidaban de este niño dos mujeres, la ama que le criaba, y otra: estas dos sin luz alguna criaron este pequeño infante hasta la edad de cuatro años, enseñándole la lengua polaca. Desde esta edad a la de quince años entró un caballero, y por mandado del rey le doctrinó con luz de vela, de quien aprendió desde las primeras letras hasta saber bien la filosofía, siendo en él la enseñanza aun más dificultosa, porque como estaba encerrado y carecía de noticias, era menester trabajar más, por darle a entender lo que ignoraba de vista: era el niño de gallardo entendimiento, y así cuanto le fue enseñado lo aprendió con eminencia, dando muy buena razón de todo, hasta llegar a la edad de cinco lustros, en la cual mostraba grande impaciencia de que el rey le tuviese allí encerrado, careciendo de lo que Dios crió en el mundo para regalo del hombre. Su prisión era secreta para muchos, porque cuando fue traído a la cueva se le llevaron a su madre de un lugar cercano a la

corte donde vivía, y se le puso pena de la vida a ella y a su esposo si decían que por mandado del rey se había hecho esta violencia; y así, si no era el rey, el caballero que le enseñaba, su ama, y la compañera que le servían en la prisión, no lo sabían, y esto con el gravamen de ser castigados si revelasen el secreto. El sentimiento de Enrique y Blanca de verse sin su hijo, y no tener otro para su consuelo, les quitó la vida en breve tiempo, pesándole ya al rey de haber comenzado a hacer experiencia que le costaba perder en Enrique un gran soldado: hizo que se les honrase en muerte mucho, y propuso que en saliendo el joven de la cueva le haría grandes mercedes. Su maestro, entre las cosas que le enseñaba (después de haberle instruido en la ley cristiana), eran diversas lenguas, en que salió muy erudito. Decíale muchas veces que ninguna cosa había mas hermosa que el sol de cuantas criaturas Dios había formado después de los ángeles y el hombre, que él era regocijo de la vista, alma del día, fomento de las plantas, y quien ayudaba a engendrar todas las cosas. Esto había concebido Carlos, que así se llamaba el joven encerrado, con que era sumo el deseo que tenía de verle.

Tenía el rey dos hijas, las mas hermosas y bizarras damas que había en la Europa; la mayor se llamaba Sol, y la segunda Claudomira; eran dotadas de cuantas gracias puede tener una hermosura, sin las que con el estudio habían ellas adquirido, que era saber muchas lenguas, cantar y danzar; y Sol en particular sabía hacer excelentes versos. De esta dama había alcanzado un retrato Rosardo, príncipe de Dinamarca, mancebo bizarro y valiente; aunque tan soberbio que era mal querido de los vasallos de su padre por las demasías que con ellos usaba. Con el de Dinamarca tenía Casimiro firmadas paces, y acabábase el tiempo; de modo que presumían que volverían a sus temas antiguas de la guerra, porque el dinamarqués había perdido en las pasadas guerras doce fuerzas que le había ganado el polaco, y deseaba cobrarlas, por ser las mas importantes de su reino. Bien quisiera Rosardo que su padre no intentara guerra con Casimiro, porque estaba enamorado por el retrato de la bella infante Sol, y gustara mas de que se tratara de paces y casamiento con ella que de guerras. Era el de Dinamarca altivo y soberbio, al fin padre de Rosardo, que tuvo él a quien parecer, y no osaba el hijo tratarle estas cosas, porque sabía cuan ofendido estaba del polaco. Tenía este príncipe grande amistad con el príncipe de Suecia Felisardo, y hallándose los dos en una caza general que se hizo en los confines de los dos reinos, que duró casi un mes, el dinamarqués le mostró al sueco el retrato de la infanta de Polonia, y de solo verle quedó tan enamorado Felisardo, que desde aquel día no tuvo un punto de sosiego, con lo cual, por poder vivir, se determinó ir a Cracovia, corte del polaco, a ver este prodigio de hermosura: previno lo necesario, aunque determinó ir encubierto, y puesto en el camino le dejaremos, por decir lo que pasó en Polonia.

Tenía Casimiro tanto cuidado con el encerramiento de Carlos, por ver el fin de la experiencia que en él hacia, que siempre tenía la llave de la cueva consigo: y para llevarle lo necesario para su persona, y doctrinarle el maestro, se la había de pedir al rey; dióla en presencia de sus hijas algunas veces, cosa que puso deseo y cuidado en Sol de saber de donde era aquella llave; y así un día llamó a Doristeo, el maestro de Carlos, y preguntóselo; mas él, como le estaba encargado aquel secreto, dijo que era de la librería de su padre. No se satisfizo de esto la hermosa Sol, y así el primer día que vio darle la llave al rey mandó a un paje que le siguiese y tuviese cuenta donde abría con aquélla

llave: anduvo él paje diligente en servirla, y obedeciéndola puntual, siguió a Doristeo, y vio que atravesando un ameno jardín del cuarto del rey salía a la calle, y abría unos sótanos que estaban contiguos al palacio, volviendo después a cerrar: esto le dijo a la infanta, la cual tuvo más deseo de saber aquél secreto, y anduvo de allí adelante con más cuidado por saberlo. Un día que el rey se estaba paseando por una galería que caía a este jardín, había dado la llave de la prisión de Carlos a Doristeo; esto vio la infanta, y tuvo cuidado, cuando se la volviese, para estar de secreto encubierta, y oír lo que los dos platicaban. Volvió Doristeo a entregar la llave al rey, como acostumbraba, y pregúntale él:

—¿Cómo está el preso?

A que Doristeo respondió:

—Prometo a vuestra alteza qué le tengo lástima; él está gallardo mozo, y tiene de unos días a esta parte unas impacencias de verse encerrado, que temo no se quite la vida con ellas, y así, si es llegado el tiempo en que vuestra alteza ha de hacer la experiencia que desea, tendré por acierto que le dé libertad para que salga, y se manifieste a todos. En cuanto a mi enseñanza, no tengo ya que hacer, porque cuanto sé lo sabe, y con más eminencia que yo, porque en muchas cosas que me pregunta con vivo y claro ingenio me hallo atajado de respuesta. Vuestra Alteza disponga su salida, y no malogre con su prisión una bizarra juventud, que excede con las partes que tiene a muchas.

—Presto —dijo el rey—, tendrá libertad Carlos, que aguardo a cierta ocasión para verle libre, y entonces veré lo que tengo en él; en tanto será bien que se le hagan vestidos los mas costosos qué pudieren ser, porque como esto es contrario a lo que espero que se incline, deséate que con las galas no lo ejecute, y también con los regalos; y así te torno a encargar que en la materia de guerra no le trates, ni por el pensamiento, antes sepa de cosas de gusto, placer, música y deleites, porque con esto, teniendo puesto el gusto en ellas, no le llevará la inclinación a lo que su natural pide.

Quedó Doristeo muy encargado de servir al rey en lo que le mandaba, con que dejó su presencia. Toda esta plática había escuchado la hermosa infanta Sol con mucha atención, dejándola confusa, porque no podía dar en lo qué fuese con certeza; por una parte sospechaba que este Carlos, de quien habían hablado Doristeo y el rey, era hermano bastando suyo, que el rey su padre le ocultaba por algunos respetos que debían de importar. Este y otros discursos hacia la dama, mas como no sabía la verdad, no daba en lo cierto: con esto creció en ella más el deseo de saber esto; y así se determinó a tomar la llave al rey, y porque no hiciese falta hacer otra, y procurar salir de su confusión. Aquella noche se le ofreció ocasión para ello, porque habiéndole dado al rey cierto accidente que le obligó a acostarse, como lo supiesen las infantas sus hijas, pasaron a su cuarto a verle, y estando Sol a la cabecera de su cama, vio que por debajo de la última almohada de ella asomaba el anillo de la llave, con cuya vista se alegró sumamente, y entreteniéndole al rey, pudo con disimulo sacársela, y guardarla en la manga de la ropa. Volvió a su cuarto, y llamando a un criado suyo, de quien en muchas cosas hacia confianza, le encargó que en el más breve tiempo que fuese posible mandase hacerle otra llave como aquella, porque

le importaba mucho; obedeci6la el criado, y dentro de dos horas la tuvo en su poder, con que se alegr6 sumamente, agradeci6ndole el cuidado con una d6diva de valor.

A la ma1ana acudi6 la infanta algo temprano a ver a su padre, y con el mismo disimulo volvi6 a ponerle la llave en su lugar, de modo que no fue echada menos, porque aun no haba venido Doristeo por ella c6mo acostumbraba para Ver a Carlos. No vea la hora la infanta de examinar aquel secreto, y con el temor que tena de ser descubierta aguardaba ocasi6n de cumplir su deseo; ofreci6sele muy a medida de 6l, porque dentro de dos d6as sali6 el rey a caza, y haciendo que Doristeo visitase algo de ma1ana a Carlos, llev6sele consigo a esta holgura, habiendo de ser la vuelta el d6a siguiente a la hora de comer. Apenas vio la infanta a su padre ausente, cuando haciendo poner una carroza, la mand6 entrar en el jard6n; p6sese en ella, y saliendo por la puerta de 6l encubierta con las cortinas, lleg6 a la pris6n de Carlos guiada por el paje que la sab6a, sin quererse acompa1ar de otra persona: sali6 de la carroza secretamente, haciendo esperar dentro de ella al paje, y abri6 la puerta en ocasi6n que no fue de nadie vista, por ser en parte sola aquella pris6n. Con la codicia que llevaba de averiguar lo que aquello fuese, olvid6se de cerrar la puerta por de dentro, y fuese entrando por la oscuridad de la cueva con m6s 6nimo que su natural ped6a: de esta suerte lleg6 a lo ultim6 de un callej6n que ven6a a rematar en una pieza cuadrada, donde vio en un candelero de plata una vela ardiendo que estaba sobre un bufete, y cerca de 6l un joven sentado en una silla leyendo en un libro, cuya presencia le enamor6 tanto, que desde aquel punto qued6 sujeta al vendado hijo de Venus.

Volvi6 Carlos la cabeza al ruido de las pisadas que haba sentido; y pensando ser Doristeo, le dijo:

—¿Qu6 novedad es esta, maestro mi6, venirme a ver tan a menudo?

Con esto que la hermosa Sol le oy6 hablar, se arrim6 a la pared, atajada, sin poder dar pago adelante, pesarosa ya de haber venido all6. Levant6se de su asiento Carlos, y tomando la luz, quiso ver qui6n era el que se escond6a, y no le daba respuesta, y descubri6 con ella un portento de hermosura, un erario de perfecciones; en fin, la m6s hermosa vista que sus ojos hab6an tenido hasta all6: es circunstancia de esto saber que ya Carlos estaba solo en aquel encerramiento sin su ama y la mujer que le acompa1aba, porque para servirle acud6a solamente un criado con la misma fidelidad de guardar el secreto de esto que Doristeo. Volvamos a Carlos, que as6 como vio a Sol qued6 suspenso con la vela en la mano sin hablar palabra. Estuvi6ronse mirando el uno al otro un rato, y quien primero rompi6 el silencio fue Carlos, diciendo:

—Mi maestro me asegur6 que la m6s admirable cosa que haba de ver para alegr6a de mis ojos era el sol, y as6 creo que el que me favorece en este oscuro albergue, y el que tengo presente, es esta criatura de Dios: dime si te llamas as6, para que estime y venere tu persona.

Respondi6le la infanta:

—Mi nombre es ese que dices: Sol me llamo, pero no el que tú piensas, porque ese no es criatura racional; que solo sirve de alumbrar la tierra y criar las plantas de ella con el ayuda de su calor.

—¿Pues quién eres, replicó Carlos, que tanto deleite recibo con tu vista?

—Una mujer, respondió la dama, que curiosa de saber este secreto he querido averiguarle; y ya que lo he conseguido, te pido licencia para volverme.

—¿Vienes con beneplácito de mi maestro? —dijo Carlos.

—Sin él he venido —replicó ella—, que con mi industria pude hacer llave para esa prisión.

—Luego en tu mano está el darme libertad ahora —dijo él.

—Así es —dijo Sol—, mas corre riesgo tu vida, y aun la mía, si por mi ocasión llegases a salir de aquí sin la voluntad del que te encierra.

—Yo no conozco —dijo él—, superior ninguno, ni eso me ha enseñado mi maestro, aunque sé que se ha de obedecer a los reyes después de Dios. Desear uno su libertad, y procurar ser hombre quien ha sido tronco hasta aquí, es justo: perdóname que hasta saber qué es la luz del día, por esta vez lo tengo de ver.

Poníale inconvenientes la hermosa infanta para que no saliese, pesarosa de no haber cerrado la puerta por de dentro; mas el joven, aunque aficionado a la dama, tomó el camino de la puerta, siguiéndole la infanta con mucho pesar de haber emprendido cosa con que había de dar disgusto a su padre. Llegaron los dos aun tiempo a la puerta, que abrió luego Carlos, sin oír persuasiones de la infanta que le rogaba no lo hiciese; salió por ella, admirándose de ver la luz del día, la hermosura del sol, y de todo aquello de que le había dado noticia Doristeo, y él había carecido en aquel encerramiento. Suspenso estaba de ver esto, sin acordarse ya de la hermosura del sol que tanto le había enamorado, tanto le divertía la novedad de lo que ignoraba por práctica, cuando acertó a pasar por la calle un tambor tocando una caja de guerra, y iba a echar un bando por el rey: agradóse del rumor y son que hacia con las baquetas, y fuese embelesado tras él, sin reparar en que se reían todos de ver a un hombre de su edad en buen hábito ir admirado de ver tocar una caja, no quitando los ojos del parche de ella. De esta suerte siguió su camino dejándose a la infanta, la cual, afligida de haber sido curiosa, se volvió a palacio, dejándose con la pena la puerta de la prisión abierta.

Volvamos a Carlos, que suspenso en oír la caja caminaba tras ella, hasta Hogar a una plaza donde se publicó el bando, el cual era que todos los hombres que fueren solteros, desde edad de diez y seis años hasta cuarenta, se alistasen para la guerra que se esperaba contra el rey de Dinamarca, pena de la vida. Bien entendió el bando Carlos, digo lo razonado de él, mas con la advertencia que el rey dó a Doristeo, no tocándole en la materia de guerra, no sabía qué cosa era; y así queriéndolo preguntar, vio venir hacia sí

un hombre huyendo de otro, con una espada desnuda en la mano; el que le seguía traía otra espada en blanco: detúvole Carlos dejando pasar al primero; mas viéndose detenido el segundo, le dijo:

—¡Oh, qué mala obra me has hecho en estorbarme que siga a mi contrario!

—¿Porqué causa? —replicó Carlos.

—Porque ese hombre me dio un bofetón, con que me afrentó, fiado en que tenía valedores cerca de sí, y no pude entonces vengarme de él, y ahora lo procuraba.

Mientras esto decía el ofendido, Carlos miraba atentamente la espada que traía desnuda, y muy pagado de sus acerados filos, le preguntó que qué era aquel instrumento. El hombre le dijo, admirado de su inocente pregunta:

—Esta se llama espada.

—¿Para qué es? —replicó Carlos.

—Para adorno del hombre, y para defensa suya —dijo el otro—, porque con ella se ofende y se defiende de su enemigo.

Tenía Carlos en esta sazón la espada en la mano, y oyéndole decir aquello, le dijo:

—¿Pues teniendo tú instrumento con que ofender a quien te ha afrentado, te estuviste quieto por el temor, y no te defendiste? ¡Oh, cobarde gallina!, no estés más en mi presencia, que no me agradan hombres afeminados.

Con esto le tiró dos o tres cuchilladas, con que le hizo huir de allí, y se quedó muy ufano con su espada en la mano, mirándola, y contentándose más de ella cada instante. Contemplando estaba en sus lucidos aceros, cuando se ofreció una cuestión en la misma plaza, y fue que vio venir acuchillando a un hombre tres, el cual se vino retirando a donde estaba Carlos; él, que vio esto, se puso a su lado, y le defendió valerosamente, hiriendo a los dos, con que huyeron de su presencia todos, dejando libre al solo. Preguntóle Carlos que porqué le venían ofendiendo aquellos tres, y él le dijo que habiéndoles ganado al juego una cantidad de dineros, ellos sentidos de verse despojados de su caudal se los querían quitar a cuchilladas, y lo hicieran si no fuera por tu ayuda.

—¿Qué es dinero? —le preguntó Carlos.

—Este que traigo conmigo —dijo el hombre, riéndose de su simple pregunta.

Mostróselo, y volvióle a decir Carlos:

—¿De qué sirve este metal?

—Este —dijo el hombre—, es aquello con que compramos cuantas cosas son necesarias para la vida humana; quien esto tiene en cantidad es estimado por ello, sube con su valora dignidades, alcanza tener muchos amigos, y aun es causa de tener enemigos, como ahora se ha visto, pues por tiranizármele me querían quitar la vida, que es la mas preciosa joya del hombre.

Tenía en la mano Carlos una cantidad de reales que el hombre le había dado, y oyéndole decir aquello, dijo:

—Si esto es causa de perder un hombre la prenda que mas estima, ¿para qué se ha de hacer caso de ello?

Con esto lo arrojó en el suelo, acudiendo a tomarlo mucha gente del vulgo, que sobre apoderarse de los reales esparcidos, se dieron muchos mojicones, experimentando de nuevo Carlos que el dinero era peligroso en quien le gozaba, pues codiciándolo se procurarían quitar la vida por él, y que también era causa de ensoberbecerse los hombres poderosos con mucha cantidad de aquel metal, con que se compraban todas las cosas. Estando en esto se vio cercado de ministros de justicia, que habiendo sabido haber herido a dos hombres, le venían a prender: dijéronle que se diese a prisión, y rindiese las armas: dos cosas le pedían que para el orgullo y aliento que había cobrado Carlos eran bien dificultosas de obedecer por él: lo de la prisión ya se veía si lo aceptaría quien la había tenido tan larga desde que nació hasta aquel día; y la segunda menos, pues habiendo oído que la espada era defensa del hombre, teniéndola consigo, no se la había de dejar quitar. Porfiaron a que se diese a prisión, mas él, colérico de oírles esto, les acometió con tanto brío, que en breve dejó dos hombres a sus pies sin vida. Acrecentóse el número de los ministros para prenderle, y también el de los heridos por defenderse, tanto era su ardimiento y valor, admirando a todos su arrojamiento; pero como cargó tanta gente a ayudar a la justicia, fue abrazado por detrás, y rendido, quitándole la espada, con que ligándole las manos fue llevado a la cárcel, donde le pusieron esposas a ellas, y una gruesa cadena a un pié, dejándole no poco impaciente de experimentar esto, porque se le figuró que había de durar otro tanto como la pasada prisión, y ser mas rigurosa, pues en esta le oprimían con hierros, cosa que no había tenido en la otra.

Dejémosle estar aquí, despechado de verse oprimido, y volvamos al príncipe Felisardo de Suecia, el cual llegó encubierto a Cracovia, Corle del de Polonia, el mismo día que salió de su prisión Carlos. Había tenido Casimiro con el padre de este príncipe grandes encuentros en sus guerras, como valedor que fue del rey de Dinamarca, y deseaba el de Polonia vengarse de él, y así venía este príncipe encubierto, solo a gozar de la vista de la hermosísima Sol, y llevarse un retrato suyo, para tratar después casamiento con ella, y anticiparse al príncipe de Dinamarca. Eritreo, pues, en la ciudad algo de noche, y todo el día siguiente estuvo Oculito; esta noche supo que había en palacio un sarao, porque habiendo venido él rey de caza aquel día, quiso que se hiciese por divertirse. El de Suecia quiso ir de embozo, pero no se encubrió tanto que un caballero polaco no le conociese; este se lo dijo a otro, y vino a oírlo un criado del príncipe, el cual se lo dijo a su dueño dentro de la sala del sarao, advirtiéndole el riesgo que corría su persona si era conocida entre sus enemigos: vio a la infanta, y retiróse luego a su posada, yendo perdido de



amores de ella. Al pasar por junto a la prisión de donde había salido Carlos, encontróse con una muy grande tropa de ministros de justicia que venían reconociendo a cuantos encontraban; y temiendo ser reconocido, adelantóse a sus criados, y arrióse a la puerta de la prisión que fue de Carlos, la cual había dejado abierta la infanta, porque con él susto de verle partir con tanta celeridad no se acordó de volver a cerrar, y así apenas se arrió Felisardo, cuando la puerta se abrió del todo: parecióle que el cielo disponía aquello para que él no fuese conocido, y así echando de ver que había llave puesta en la cerraja, la quitó de ella, y encerrándose echó la llave por dentro, y se la guardó: luego que hubo hecho esto se fue entrando por aquella estancia, admirado de no encontrar con persona, y llegó hasta el primer aposento de ella, donde vio luz en una lamparilla, porque la de una bugía se había acabado; esta tenía siempre encendida Carlos, por carecer de la luz del día en la lóbrega estancia que habitaba.

Reconoció Felisardo el aposento, y vio en él un lecho de grana, con alamares de oro, y ropa en él muy delgada: cerca de este lecho había dos cofres con vestidos, que reconoció, habiendo primero encendido una bugía que halló allí sobre un bufete: vio diversidad de libros, así de ciencias como de entretenimiento; admirándose de que en estancia donde había tantas comodidades para habitarla no estuviese su dueño. Aquí estuvo el extranjero príncipe hasta la mañana que se vistió; esto no porqué le avisase ser de día la luz de algún resquicio, por carecer de esto aquel albergue, sino que por la costumbre de su dormir, cuando despertó juzgó ser de día. Levantóse, y apenas se había acabado de vestir, cuando oyó abrir la puerta de aquella estancia, cosa que le puso en no poco cuidado, por tener la llave él, y haber otra; era que entraba Doristeo a que le llevasen lo necesario, el cual como le sintiese Felisardo escondió la luz de la lamparilla: reconoció Doristeo estar sin ella, y así le dijo:

—Carlos, ¿parece que estás sin luz?

—Así es —dijo Felisardo—, hablando en lengua polaca, que era en la que Doristeo le habló.

—Pues yo vuelvo —replicó él—, a que traigan luz y lo necesario.

Ya tenía Felisardo prevenido un vestido de los que halló en un cofre, el cual a toda prisa se le vistió porque no le hallasen con el que traía al uso de Suecia. Dióle lugar para esto el espacio que tardó en volver Doristeo con la luz; esta la trajo el hombre que acudía a servirle. Entraron dentro, y advirtiéndole en la persona de Felisardo, le desconoció, diciéndole muy alborotado:

—Mancebo, ¿quién os ha traído a este lugar en que habitaba otra persona?

—Yo me he venido a él —dijo Felisardo—, hallando la puerta abierta.

—¿Pues cómo —replicó Doristeo—, la puerta hallastes abierta?

—Bien lo conoceréis —dijo Felisardo—, pues extrañáis que no soy el que aquí habitaba.

Extraño fue el sentimiento que tuvo Doristeo de oírle esto, conociendo la mala cuenta que había de dar al rey de lo que se le encomendó; pero el remedio que halló para librarse de su castigo fue, que pues tenía debajo de su mano a aquel mancebo que se había encerrado allí, que él supliese la falta del ausente, sustituyéndole; y así le dijo:

—Joven (a quien no conozco), ¿qué causa lo ha obligado a entrar aquí sin licencia del dueño de esta estancia.

—A librarme dé mis enemigos —dijo Felisardo—, que me querían quitar la vida.

—¿Pues cómo hallé cerrada la puerta? —replicó Doristeo.

—Porque en ella había llave —dijo Felisardo.

De esto se maravilló Doristeo, y le preguntó donde la tenía: mostrósela Felisardo, que no debiera, que estaba encima de un bufete, de la cual se apoderó Doristeo por tenerle seguro para lo que habla pensado hacer, y luego le dijo:

—En este albergue asistía por mandado de nuestro rey un caballero de vuestra edad, el cual no sé por cual medió ha conseguido su libertad, y se ha escapado de esta, que por haberle encerrado podemos llamar prisión, a donde no estaba por delito ninguno, sino por gusto del rey, para hacer cierta experiencia, que si era curiosa para su alteza, era muy pesada para el paciente. Yo os hablo claramente, a mí se me había cometido la guarda de este joven: yo he dado mala cuenta de él, no por culpa mía, sino por diligencia suya; el faltar de aquí me ha de costar la vida, y así siendo primero yo que otro, habréis de prestar paciencia, y suplir por él en tanto, asegurándoos de dos cosas. La primera que no os ha de venir ningún daño de esto; y la segunda que yo procure que salgáis de este encerramiento con brevedad. El que se ausentó de aquí se llamaba Carlos, vos habréis de suplir por él, tomando este nombre, volviéndoos a asegurar que procuraré en breve vuestra libertad, y quizá será para medra vuestra.

Mucho sintió Felisardo que se dispusiesen sus cosas de modo diferente del que se pensó; pero considerando que de ser hallado por orden del rey, también había de ser preso, y que de esta suerte, fiándose de aquel caballero en lo que le prometía, podría ser mejorase de dicha, le dijo:

—Yo, caballero, hice mal en no pelear con mis enemigos antes que encerrarme aquí; ya lo hice, yo estoy dispuesto a pasar por la pena que me viniere: de vos me fío, que como caballero trazareis modo como no me venga ningún daño.

Reconoció Doristeo en los acentos de lo que hablaba que no era natural de aquel reino, y así le dijo:

—Hogaríame mucho de saber quien sois, con la misma promesa de que en nada seréis deservido: fiaos de mí, y creed que soy caballero que os sabré servir en todo.

Parecióle al príncipe que le estaría bien descubrirsele, y así le dijo quien era, a lo que venía, y lo que le había sucedido hasta entrar allí, dejando admirado a Doristeo oírle esto, y no discurrendo en el modo de haberse librado de allí Carlos. De nuevo se le ofreció, pidiéndole con muchos encarecimientos que le ayudase a cumplir con el rey en su fidelidad, pues con eso le libraba de la muerte, que era infalible, a saber su descuido. Con esto le dejó lo que había de comer, sirviéndole el hombre, a quien encargó el mismo secreto, advirtiéndole que corría el mismo riesgo por su persona que el mismo Doristeo. Con esto se dejaron al pobre caballero encerrado, cercado de varios pensamientos sobre lo que sucedería de él. Sus criados fueron presos de la justicia, y tenidos por espías; diéronles graves tormentos porque confesasen a qué habían venido allí, y ellos dijeron que pasaban adelante, y les obligó a hacer noche en Cracovia el deseo de ver aquella gran corte: no pudieron saber de ellos otra cosa, que no fue poco no revelar el secreto de que su príncipe estaba allí encubierto.

Volvamos a Carlos, el cual estaba en la cárcel preso; y habiéndose dado cuenta a los jueces de lo criminal como aquel hombre se había resistido a la justicia sobre prenderle, y muerto dos hombres, le condenaron a muerte; pero en su descargo se ofrecieron algunas personas a jurar como aquel hombre estaba sin juicio, porque viendo tocar una caja de guerra, que echaban un bando, la fue siguiendo en cuerpo, muy admirado, que había arrojado el dinero, que había quitado a otro hombre la espada, y otras cosas de las referidas que por ellas se debía de argüir que estaba loco. No se satisficieron de esto los jueces, y quisieron verse con el preso, al cual hicieron algunas preguntas en términos jurídicos; pero como él no tenía noticia de aquellas cosas por su maestro Doristeo, a cada una preguntaba lo que era muy en su juicio, cosa que dio a los jueces motivo para echarle fuera de la cárcel, mandándole alistar en una de las compañías que se hacían contra el de Dinamarca y Suecia, solo para que abultase con la gente, porque en él conocieron que le faltaba capacidad, pues después de haberle preguntado su nombre no supo decir quién era, ni donde había nacido. Con esto salió Carlos de la cárcel, y comenzó a seguir la profesión de Marte, porque acabado el tiempo de las paces, asentadas entre el polaco y dinamarqués, se comenzaron los dos reyes con sus valedores a prevenir para volver a sus antiguas enemistades; y así a toda prisa con el publicado bando el polaco hacía gente; pues con la hecha sin dejarse ver apenas, salió por soldado ordinario Carlos en una compañía de infantes, marchando para juntarse con el ejército del rey.

Doristeo, confuso y discursivo siempre sobre la libertad de Carlos, se vio con el rey, a quien suplicó que se sirviese de dar libertad a aquel joven, que ya estaba en edad para salir de aquel encerramiento. Estaba el rey con deseo de verle, y así permitió que saliese de allí, y que se le tuviese cuenta con las acciones suyas, para ver a lo que se inclinaba: con esto fue Doristeo a la prisión por Felisardo, a quien dio cuenta de lo bien que había negociado su libertad, y djóle que se vistiese el mas rico vestido de los que allí había, que eran de Carlos, y fuese a besar la mano al rey; obedecióle, y vestido lucidamente fue acompañado de Doristeo a verse con el rey. Había la infanta oído algo de esta plática, y estaba aguardando a ver a Carlos, que pensó que se había vuelto a la prisión. Llegaron Felisardo y Doristeo a la presencia del rey, que los estaba aguardando con grandísimo alborozo; ya el joven venía instruido de Doristeo en lo que había de decir, y para llevar su mentira adelante, y así luego que se postró delante del rey, le dijo:

—Cuando hubiera estado más tiempo encerrado en aquel oscuro albergue por gusto de vuestra alteza, lo debía de haber dado por bien empleado por llegar a recibir este sumo favor de besar su real mano: aquí está este humilde vasallo vuestro deseoso de seguir el camino de mi padre en vuestro servicio.

Holgóse el rey de ver la persona del fingido Carlos, y abrazándole le dijo:

—Costosa experiencia he querido hacer en vos, pero os ha de ser muy bien premiada por lo que habéis padecido; id a besar las manos a mis hijas para que os conozcan, que Doristeo tendrá cuenta de vuestra persona, pues sustituye el lugar de vuestro padre.

—En ese le tengo, serenísimo señor —dijo Felisardo—, y así le guardaré el mismo respeto que al que me dio el ser.

Llevóle Doristeo a la presencia de las infantas, a quien besó las manos, admirándose la hermosa Sol de verle, porque no olvidó tan brevemente las especies del verdadero Carlos de su memoria, que no echase de ver que este era otro, y no el que ella vio con tanto gusto en la cueva, y este cuidado la mudó de semblante, de modo que se lo conoció Doristeo. Ya sabían las damas que aquel caballero era el de la experiencia que hacía el rey, porque las infantas se lo habían dicho, y así todas pusieron los ojos en Felisardo, que tenía buen talle, deseosas de que él se pagara de alguna de ellas.

Volvió Doristeo con Felisardo a la presencia del rey, y él le habló en varias materias, hallándole capaz de todo, porque en todas discurría bien. La última de que se trató, donde el rey quería comenzar a ver el efecto de su experiencia, fue de la guerra, tratándole de la que al presente tenía con el rey de Dinamarca, y el de Suecia, su valedor, y que iba disponiendo su ejército para marchar con él contra los dos reyes, de quien tenía aviso que también se prevenían contra él. Aquí a nuestro fingido Carlos y verdadero Felisardo se le mudó el semblante por dos cosas, de modo que el rey lo echó de ver. La primera, porque le pesó de que se hiciese la guerra contra su padre, y la segunda (que se le puede mejor dar nombre de primera, y mas principal) porque el príncipe era pusilánime y de cobarde y afeminado corazón, de manera que nunca se vio en ejercicio de armas, porque el poco brío y aliento le hizo caer muchas veces en vergüenza; lo que le dijo al rey fue que parecería mal al mundo que entre reyes que habían sido amigos (según estaba informado) hubiese tan reñidas guerras, de donde resultaba menoscabo de las haciendas y pérdida de vida; que si su voto valiera, él le diera antes a la composición que al rompimiento. No le pareció bien al rey esta primera acción en el joven, cuando de su persona y edad se prometía que en oyendo nombrar guerra, y viendo gusto en él de que se hiciese, él se había de ofrecer a servirle, y aun molestarle a que se apresurase a partir. Dióle cuenta el rey del bando que había echado, y de como ningún caballero bien nacido dejaba de irle sirviendo; a que respondió con mucha tibieza que él los imitaría, pero estando siempre cerca de su real persona, pareciéndole que allí era estar en el cuarto de la salud. Todo esto notaba el rey, y le pesaba mucho de que le saliese mal la crianza del joven, y así le dijo:

—Yo te tengo, o Carlos, por tan hijo de tu padre, que aunque has hablado tibiamente en la guerra, puesto en ella sé que me molestarás para que te ponga en puestos peligrosos donde mostrar tu valor.

Aquí mucho más turbado que antes, respondió:

—Yo haré lo que los caballeros que asisten a vuestra alteza cerca de sí —que fue lo mismo que decir: estaría con los ancianos acompañándole; aunque la razón fue equívoca, no quiso el rey apurarle más en esto, mandóle que tuviese por posada la casa de Doristeo, y así le llevó a ella, pesaroso este de que en el príncipe hubiese tan poco valor que hablase así al rey.

Vinieron todos los caballeros de la corte a visitarle allí, y sacáronle a caballo a ver la ciudad; en este tiempo había el rey dispuesto hacer otra prueba de este joven, y así un día que paseaba el terrero del cuarto de las infantas solo, aguardando unos caballeros que habían ofrecido venir allí, mandó el rey salir a un balcón a una dama de las más hermosas de palacio, y que le favoreciese, trabando plática con él. Era esta señora de las que más privaban con las infantas, llamada Laudomira; parecióle bien a Felisardo, y comenzó a llegarse hacia el balcón, y viendo la ocasión a medida del deseo para hablarla, la dijo:

—Bien deseaba mi afecto la libertad del encerramiento que tuve, pues con ella carecía de tantos gustos.

—Muchos son los que se pierden sin ella —dijo la dama—, y esta corte perdía en vos un gran caballero que la ilustrase.

—Bésoos la mano por el favor que me hacéis —dijo él—; pero quiero advertiros que no he mudado de estado en cuanto a estar preso, si bien es más dulce prisión la que padezco.

—Nos os entiendo —dijo la dama—, mas infiero de esa razón que vivís contentos con algún empleo.

—Con el que tengo presente —dijo él—, que de solo haberos visto hoy con atención me habéis robado la libertad.

—Sin duda —dijo la dama—, estáis pensando en la brevedad de la vida, que no habéis tenido espera, a que con más finezas o demostraciones yo conociera vuestra voluntad, pues tan presto me la habéis dicho. —El estilo que se tiene en palacio, si no lo sabéis, es enamorar, servir y obligar sin declarar la pena hasta que el tiempo permita que se diga sin ofensa de la dama; mas yo os disculpo, que copio quien ha pasado poco por estos lances, recluso en un encerramiento, no habéis sido curioso en informaos primero de lo que aquí se una en este particular.

—Así es —dijo él—, pero ya que mi inadvertencia ha pecado en esta parte, no desmerezca mi fe en dejar por eso de ser favorecido vuestro, y que tenga permisión para serviros.

—Yo os la doy —dijo la dama—, con tal condición que seáis muy firme, porque si veo que no lo sois, demás de la opinión que perderéis, me daré por tan ofendida, y procuraré muy de veras vuestro castigo.

Así se lo prometió Felisardo, aunque picado de la dama, que por razón de estado la galanteaba, que él mas enamorado estaba de Sol desde que la vio la primera vez, pero deseaba llevar adelante el engaño de ser el fingido Carlos, y así pasaba con él. Continuó algunos días el galanteo, siendo ya público en palacio, y aun envidiado de algunas damas,

Otro día se ofreció ocasión de hablar Felisardo con la hermosa Laudomira en el mismo puesto, y ella le arrojó desde el balcón una banda por favor, de que Felisardo hizo mucha estimación. Todo esto ordenaba el Rey, el cual mandó a Darisio, un caballero de su cámara, que como que era galán antiguo de Laudomira, le sacase al campo y procurase quitarle aquella banda. Aguardó este caballero a que desamparase el príncipe el lugar en que había recibido el favor, y encontrándose con él, le dijo:

—Señor Carlos, yo tengo necesidad de hablaros a solas fuera de este lugar, y aun de la ciudad; si sois servido, veníos conmigo, que en breve sabréis para lo que sois llamado.

Parecióle a Felisardo que venía Darisio con disgusto, y que el llamarle era para tener con él alguna pesadumbre, y así le dijo:

—Si es tan breve lo que me queréis decir, ¿para qué hemos de cansarnos en salir fuera, pudiéndolo saber donde estamos?

—No conviene —replicó Darisio—, y así haced lo que os pido.

Hubo el príncipe de seguirle, bien cercado de temores, porque era en extremo tímido. Salieron fuera de la ciudad, y habiéndose apeado y dado los caballos a sus lacayos, Darisio le dijo esto:

—Señor Carlos, el ignorar que yo soy galán de la hermosa Laudomira, y más antiguo que vos, ha sido causa de haber inadvertidamente tratado de galantearla; por forastero y estar conmigo disgustada, ha querido despicarse con vos y llegado a favoreceros con esa banda; a mí me importa que la corte no vea prenda suya en vuestro poder; y así os pido que me la deis de bueno a bueno, porque si no será fuerza que la cobre con la espada en la mano.

Turbóse Felisardo viéndola resolución de Darisio, que no la quisiera tan determinada; y así le respondió:

—Señor Darisio, no puedo negar que esta banda que traigo no me la haya dado la hermosa Laudomira; yo no sabía que vos la servíades, y así no culparéis que yo admitiese el favor; huélgome de haber sabido ser vos quien la festeje, y porque prendas en quien con veras no es favorecido están de mas, hago cuenta que me ha dado esta banda para vos; tomadla, que no es razón que yo traiga lo que se me dio mas por despique que por voluntad.

Dióle la banda, y muy ufano con ella Darisio quiso ponérsela luego al cuello, mas Felisardo le pidió que no lo hiciese, ya que se la había dado. Condescendió Darisio con su gusto, y volviéronse los dos muy en paz a la ciudad, admirado Darisio de que el fingido Carlos hubiese tan corto ánimo, que no le tuviese para defender el recibido favor. Vióse luego con el Rey, a quien dio cuenta de lo que había sucedido, mostrándole la banda, con que se admiró mucho, viendo cuan mal le salía el pronóstico del difunto Enrique, padre del que pensaba ser Carlos, y mandó a Darisio que publicase aquella mengua de Carlos por la corte, hasta ver si en otra ocasión hacia otro desaire como el sucedido, y así se lo prometió Darisio.

Hecha la prevención del ejército, se dispuso el Rey, habiendo nombrado general a Darisio, y él oficiales en los tercios, a partir de allí a dos días. No quedó en todo el reino persona de importancia que no fuese con el Rey; él hizo dar a sus criados muy buenas ayudas de costa para que fuesen lucidos, y entre ellos fue uno Felisardo, el cual, pareciéndole que ir contra su padre a pelear no era cosa que le había de estar bien, determinóse a pedir al Rey le nombrase por alcaide del alcázar de Cracovia, palacio real, con tres fines: el primero, de no ir a la guerra contra su padre; el segundo, procurar enamorar a la hermosa infanta Sol; y el tercero, para que si no era favorecido de ella, irse secretamente a su tierra. Este oficio le pidió al Rey, dejándole con mucho sentimiento de oír tal petición, porque aquello era declaradamente mostrarse cobarde y enemigo de ir a la guerra. Lo que le respondió fue:

—Carlos, sois muy mozo para ese cargo; nunca le doy a caballeros de vuestros pocos años, sino a personas que me han servido mucho, y ya por ancianos debo jubilarlos. Venid conmigo donde yo fuere, pues lo hacen todos los grandes príncipes y caballeros de Polonia, y yo mismo no me reservo de lo que me puede suceder; y adviértoos que en tanta juventud parece muy afrentosa cosa que excuséis el trabajo, y no sigáis a vuestros progenitores, que fueron tan grandes soldados.

Iba a disculparse Felisardo, mas no le quiso oír el Rey; lo que hizo fue mandarle aperebir para el día siguiente, con que no se pudo excusar.

Partió el Rey de su gran corte en busca de su enemigo, donde le dejaremos marchando con un ejército de veinte mil nombres, por decir lo que trizo nuestro Carlos con un trozo de gente que había partido antes. Iba, como dije, por un soldado ordinaria, aunque muy estimado de su capitán por su buena persona. Estaba el enemigo fortificado tres leguas de donde hizo alto aquel trozo del ejército, y era un grande llano capaz para darse batalla campal; allí quisieron fortificarse, pero habiendo pareceres en contra, pasaron una legua mas adelante, y en un puesto más a propósito asentaron su real y se comenzaron a

fortificar. Desde este puesto enviaron algunos soldados por espías del enemigo para saber qué gente era la que traía y qué designios; entre ellos fue nombrado Carlos, el cual, gozosísimo de ir a ganar nombre, se adelantó a los otros, y aquella noche, acercándose cuanto pudo a las trincheras del contrario, pudo toparse con otra espía que se despachaba a lo mismo que él para saber del ejército polaco lo que hacía y determinaba; pidiéronse el uno al otro el nombre, y como no se le pudiesen dar por ser de contrarios ejércitos, lo remitieron a las armas; en breve despachó con la espía contraria Carlos, porque murió en sus manos. Sucedióle a este espía otra, y siguió los pasos de su compañero; y llegando otro soldado en seguimiento de los dos difuntos, Carlos peleó con él y pudo rendirle y llevárselo prisionero a la presencia de su general, a quien dio cuenta de lo que le había sucedido, y del mismo prisionero se certificó el general, estimando en mucho el valor de Carlos. Allí supo la gente que traía el contrario y cómo venía con presupuesto de ganar un puesto eminente, para desde allí estar ventajoso al contrario para cualquier facción; mandóle poner a recaudo el general, y a Carlos le hizo luego alférez de uní compañía de caballos. Desde aquel día atentado con el premio este joven dio más dilatadamente a conocer su valor, porque teniendo un encuentro con el enemigo sobre el referido puesto, defendiendo el ganarle, se vio pelear con mucho aliento y brío, matando muchos enemigos, hasta que pudo prender a un coronel de los mejores soldados que tenía el de Dinamarca. Todo esto fue a vista del Rey, que desde una colina pudo ver la batalla y en ella las proezas de Carlos. Murió gente de una parte y otra, y húbolos de hacer retirar la noche; mandó el Rey llamar a Carlos, y por lo esforzado que anduvo en la prisión del coronel le hizo espitan de caballos de su misma compañía por muerte del que la gobernaba. Ya tenemos espitan a nuestro héroe, con no poca envidia de muchos soldados.

Continuóse la guerra, y por no ser largo en referirla por menudo, digo que la última batalla que se dio, que fue la campal, habiendo peleado los reyes por sus personas, vio el de Polonia hacer hechos portentosos Carlos. Hallóse el Rey sin caballo, que se le habían muerto, y él apeándose del suyo se le dio, y a fuerza de armas cobró otro, con que se metió por lo más peligroso de la batalla, hiriendo y matando a cuantos topaba hasta llegar a encontrarse con el estandarte real del rey de Suecia, que iba cerca de él; allí, ayudado de solo su valor, se entró por lo peligroso de las armas, y pudo prender al rey Floriseo de Suecia, encomendándole a cuatro soldados que eran de su compañía, y él yendo delante haciendo con su espada lugar hasta que le dejó en puesto seguro en una tienda de su maestre de campo. La batalla tuvo fin con la muerte del rey de Dinamarca, con que el ejército se desbarató y puso en huida, siguiendo el alcance lo que duró el día la gente del Polaco. Con esto se retiraron los de Polonia, y el maestre de campo, a quien se entregó el rey de Suecia preso, quiso ganar las gracias con lo que Carlos había peleado a costa de su sangre; y así, tomando al Rey en su compañía, le llevó a la tienda del de Polonia y se le presentó, diciendo que él por su persona le había preso. No se puede decir el gusto con que el Polaco le recibió; hízole muchas honras al maestre de campo, y después muchos agasajos al prisionero, el cual no pudo sufrir que aquel soldado usurpase la gloria al que le había preso, y así le dijo:

—Mi suceso no es nuevo en lances de guerra, pues de la manera que ha sido mi prisión pudiera haber sido la tuya a tener al cielo de mi parte; sería novedad que quien no me ha preso peleando gozase de la gloria del premio; y así, lo primero que te advierto, oh rey de



Polonia, es que sepas que quien me prendió no es este caballero; menos edad tiene, y creo que le oí nombrar Carlos.

Tenía ya el Rey noticia de Carlos por el servicio que le había hecho aquel día con darle su caballo, y así mandó llamarle, muy enfadado con el maestre de campo por la tiranía que quería usar con el verdadero autor de aquella hazaña. Mandóle dejar su presencia y el cargo que tenía y que le buscasen luego a Carlos; muchos se dispusieron a buscarle por dar gusto al Rey, que le vieron deseoso de tenerle en su presencia, y con la diligencia que hicieron le hallaron que venía a curarse de dos heridas que traía, aunque no peligrosas. Llegó a besar la mano al Rey, el cual le echó los brazos al cuello, diciendo:

—Bien sea venido el nuevo Aquiles de mi ejército; llegad, Carlos, que así me dicen os llamáis, que quiero honraros con el cargo que vuestro maestre de campo ha perdido por ambicioso, pues deseaba quitaros la gloria que vos merecisteis a costa de vuestra sangre, por haber preso al rey de Suecia; este os doy con cuatro mil escudos de renta.

—Besósele la mano Carlos por el favor que le hacía, y pidióle licencia para irse a curar; diósele el Rey, mandando que la cura se le hiciese en una tienda que tenía de respeto cerca de la suya, adonde quiso que se alojase. Siguiéronle muchos caballeros, deseosos de agradar al Rey, y así por lisonjearle le comenzaron desde aquel día a cortejar acompañándole.

No permitió el Rey que el de Suecia se alojase fuera de su tienda, y así le tenía en su compañía, siendo este agasajo algún consuelo para la pena de su prisión. En dos sillas estaban sentados los reyes cuando acertó a venir a la tienda Felisardo, el cual, mientras duró la batalla, ahorrándose de peligros, se había retirado fuera de ella, y desde el lugar que escogió para seguro de su persona vio toda la refriega, y ahora venía entre la tropa de la gente a ver al Rey; pues como entrase en la tienda acertó a poner en él los ojos su padre el de Suecia, el cual, sin poderse contener, se levantó con los brazos abiertos, y se fue para su hijo, diciendo:

—Felisardo mió, en buen hora te vean aquí mis ojos, que tanto han sentido tu ausencia, y el no saber dónde estabas.

No pudo Felisardo huir el cuerpo a este impensado suceso, y así toda su máquina dio en tierra, con pedirle al Rey su padre la mano y besársela. Novedad se le hizo al Rey ver el favor que el de Suecia hacía al que tenía por Carlos, caballero de su corte; y así le preguntó que de dónde conocía a Carlos.

—A Felisardo dirá vuestra alteza —dijo el sueco—: conózcole de que es el heredero de mis estados y príncipe de Suecia.

Volvió el Polaco con esto al príncipe, y díjole:

—¿Vos no sois Carlos el que yo tuve recluso en una cueva?

—No, Señor, dijo Felisardo, si bien es verdad que en esa cueva me retiré temiendo ser conocido en vuestra corte, por las diferencias que entre vuestra alteza y mi padre había.

Aquí se quedó el Rey admirado y confuso con lo que le oía, no sabiendo cómo se había abierto la prisión de Carlos; y para certificarse mejor, determinó enviar a llamar a Doristeo eso el correo que despachaba a sus hijas avisándolas de la victoria; así lo hizo aquella noche porque le sacase de la confusión en que estaba. Cenaron los dos reyes y el príncipe Felisardo juntos, y mientras se daba orden en hacer curar los heridos y enterrar los muertos, hubo lugar de llegar el correo a Cracovia y dar las cartas a las infantas, que se holgaron mucho con la felice nueva de la victoria; y sabiendo que el Rey enviaba a llamar a Doristeo, le cometieron el visitar a su padre de su parte y darle la norabuena de su dichoso suceso. Llegó Doristeo al ejército, y habiendo hecho su embajada de parte de las infantas, en presencia de muchos caballeros que acompañaban al Rey, este se apartó con él a un retiro de su tienda, a quien dijo estas razones:

—Doristeo, bien se te acordará que corrió por tu cuenta la crianza de Carlos, depositándole tú en aquel retiro y encerramiento, para experimentar en él la inclinación que sacaba de allí: curiosidad que yo emprendí hacer por lo que oí a su padre; tu me ibas informando cada día de cuanto se pasaba con él, y tenía avisos, así de sus condiciones como de lo que aprendía de ti. Después de tenerle allí veinte años y más, me suplicaste que le sacase de allí, que ya tomaba con impaciencia aquel retiro; y vine en lo que me pediste, y así salió; trujístele a mi presencia, al cual examinándole en la suficiencia, no me descontentó; mas probándole en el valor; le hallé con un natural temor, ajeno de ser hijo de tal padre. Prosiguió en esto con la prueba que hice de la banda, y vi ser tan pusilánime que se la dejó llevar a Darisio. Después vi que el venir a la guerra lo hizo de mala gana, antes procuraba excusarlo con pedirme el oficio de alcaide de mi alcázar. Aquí sé cuan mal ha probado, pues en esta batalla última me han informado que infame y encogidamente se retiró de pelear, cuando todos hicieron su deber en mi servicio. Este joven que he tenido por Carlos ha parecido ser Felisardo, príncipe de Suecia; él me ha dicho que salió del encerramiento de Carlos, y por no ser conocido se valió de la astucia de ser tenido por él. A mí bien me pudo engañar, que nunca vi a Carlos, más a ti no puede ser. Yo deseo salir de esta confusión, y para eso te he enviado a llamar. Pues estamos solos, dime la verdad de lo que en esto sabes con claridad, porque de no lo hacer, no tienes segura tu cabeza.

Turbósele él semblante a Doristeo, y balbuciente en las palabras, dijo de rodillas estas:

—Invictísimo Casimiro, rey de Polonia y señor mió, yo no te pienso negar nada de lo que me mandas decir, aunque me cueste la vida, y si lo he hecho hasta aquí, ha sido por defenderla de tu rigor, pues era cierto que me habías de mandar cortar la cabeza. Yo entrando como solía a la prisión de Carlos hallé a este joven en ella, cosa que me causó no poca admiración. Pregúntele que quién le había traído allí, y él me dijo que había hallado aquella puerta abierta, de donde infiero que el mismo Carlos no pudo salir de allí, sino que alguno le sacó con otra llave que hizo, porque esa la tenía en mi poder. Temiendo, como he dicho, tu rigor, me valí de hacerte aquel engaño; no es posible escondérsenos Carlos, que no sea conocido de mí.

Oyendo el Rey esto, le vino al pensamiento si aquel caballero que tan hazañosos hechos había ejecutado en la guerra era Carlos; pues tenía este nombre, y así se lo comunicó a Doristeo. Preguntóle al Rey por las señas de él, y dándose las, vio que era el mismo, con que el Rey recibió extraño gusto; y para verificar más esto mandó a Doristeo que de su parte fuese a visitarle a su tienda, que estaba herido en la cama; hízolo Doristeo con no poco alborozo, deseando que fuese aquel caballero herido el fugitivo Carlos. Entró Doristeo en su tienda, y hallóle en la cama, con cuya vista fue grande la alegría que recibió. No menos la tuvo Carlos, que echándole los brazos al cuello le dijo:

—Padre mió —que así le llamaba como le había criado y doctrinado—, ¿qué venida ha sido esta aquí que tanto regocijo me habéis dado con vuestra presencia?

—Más le recibiréis, hijo de mi alma, dijo el anciano Doristeo, si supiédes de qué parte vengo a visitaros.

Sentóse en una silla y díjole cómo el Rey le mandó que de su parte supiese cómo se hallaba de las heridas, y que después de saber de su salud, deseaba conocerle por el que había tenido encerrado en la cueva, y que de esto le había de resultar gran bien. Holgóse Carlos mucho de oír aquello, y díjole que las heridas no eran cosa de consideración que le obligasen desde ese otro día a estar en la cama, que besaba a su alteza su real mano por el favor que le hacía sin méritos de su parte. Aquí le preguntó Doristeo cómo había salido de la cueva, y él le dijo que una bizarra y hermosa dama le abrió la puerta, de cuya vista quedó muy pagado; y con esto le contó cómo la había dejado por irse tras el son de la caja de guerra, con todo lo demás que le sucedió, admirándose de oírsele Doristeo, porque no llegó a saber la resistencia de la justicia ni su prisión, ni tampoco daba en quién pudiese ser la dama que le abrió. Preguntóle las señas de su rostro, y como aquel que las tenía muy en la memoria, se las dijo, con que Doristeo presumió que sería la infanta Sol, pero no daba cómo hubiese podido hacer llave para la puerta ni aun saber aquel secreto. Estúvose con Carlos Doristeo una hora, y al cabo de ella se despidió, y fue a dar al Rey cuenta de que el herido era el verdadero Carlos. Holgóse el Rey de esto, y no veía la hora de verle; esotro día cumpliósele su deseo, porque Carlos fue a besar la mano al Rey, y él le honró mucho, y le hizo conde con diez mil escudos de renta. Supo allí Carlos quién era, y el Rey dijo en presencia de sus caballeros la prueba que había hecho de él y cómo salió cierto lo que había dicho Enrique, su difunto padre, de la inclinación española, pues por tenerla a las armas, había señaládose en ellas más que todos y ocupado el puesto que gozaba.

En este tiempo murió el general Darisio de una aguda enfermedad que le dio, con que luego ascendió a aquel puesto Carlos, encomendándole el Rey su ejército y dándole orden para que con él siguiese al de Dinamarca hasta hacerle guerra; se entró en su tierra, y él se fue a Cracovia, donde fue recibido con mucho regocijo de toda la ciudad, haciéndose muchas fiestas por la victoria; llevóse al rey de Suecia y a su hijo Felisardo consigo, teniéndolos en su corte en forma de presos, sin salir de un cuarto de su palacio, que era no poca pena para Felisardo, porque estaba muy deseoso de galantear a la hermosa Sol, con quien deseaba casar, y así le había dado de esto parte al Rey su padre.

Volvamos a Carlos, que con su ejército entró en Dinamarca, y a dos jornadas se encontró con el del Rey nuevo, a quien osó dar batalla campal, en la cual fue también preso como el de Suecia, por demasiada alentado y haber querido empeñarse en lo peligroso de la batalla. Su ejército, viendo preso a su Rey, se desbarató, y volvió a entrarse la tierra adentro; no quiso seguir Carlos el alcance por ser ya la entrada del invierno y comenzar los fríos en aquella tierra, que son grandes, y así se volvió a Cracovia, donde se le hizo un recibimiento muy grande, por mandarlo así el Rey. Besóle la mano, y de él oyó muchos favores, con no poco envidia de los caballeros de su corte. Al nuevo rey de Dinamarca aposentaron en otro cuarto de palacio, dándole gente que le sirviese y guarda que asistiese a tener cuenta con él.

El segundo día que Carlos llegó le hizo el Rey su almirante, dándole tierras y todo cuanto era de su padre. Con esta merced fue a besar la mano a las infantas, que ya lo deseaban, en particular la hermosísima Sol, que desde que le vio la primera vez le amaba. Así conoció Carlos que quien le había dado libertad en la cueva era Sol, con cuya vista quedó muy enamorado.

Las dos hermanas le hicieron muchas honras, que así se lo mandó el Rey. Con esto Carlos era el más estimado caballero de la corte de Polonia, y a quien todos cortejaban y aplaudían por dar gusto al Rey, el cual le comenzó desde entonces a ocuparle en el manejo del gobierno del reino, hallando en él grandísima capacidad para todo.

En medio de estas felicidades fue el cielo servido de querer llevarse al rey de Polonia. Dióle una enfermedad en tiempo que los reyes de Dinamarca y Suecia trataban de medios de paz. Esta se hacía con ofrecerle feudo cada año, y así se concertó. Tenía el enfermo Casimiro noticia de cuan gran soldado era el rey de Dinamarca, y también la tenía del encogido ánimo del príncipe de Suecia, y así escogió al primero para yerno suyo, casándole con la segunda hija; esto dispuso hacer, aunque no lo publicó hasta que vio que su mal se aumentaba, manifestando los médicos que estaba muy de peligro. Visto esto, mandó juntar a los grandes de su reino, y hallándose todos en su aposento, y Carlos entre ellos, dijo estas razones:

—Grandes y príncipes de Polonia, mi enfermedad crece de modo que los médicos afirman que es mortal. He mandado juntaros para deciros que la felicidad de un reino consiste en tener rey que le sepa gobernar con valor y prudencia; el valor para saber defenderle de sus enemigos, y la prudencia para saber guardar justicia, dándole a cada uno lo que le pertenece. Yo no dejo varón que me suceda; el reino ha de heredar Sol, mi primera hija, la cual deseo que halle muy buen empleo en príncipe que tenga las calidades que he dicho; de los comarcanos a este reino no hallo ninguno que me contente, y mas por el inconveniente que hay en que, si caso a mi hija con príncipe heredero de reino, darále primer lugar al suyo antes que al mío, y al reino de Polonia no le está bien admitir segundo lugar, siendo tan poderoso que merece el primero. Para esto he considerado que mi hija case con vasallo mío, y este con las calidades que he dicho: muchos hay que la merecen, mas el que más acción tiene a ser interesado en este favor es Carlos, a quien para experimentar su inclinación tuve en un encerramiento desde que nació hasta la edad de veinte años, poco mas. Este es mi gusto, Carlos se case con mi hija Sol, y sean mis

herederos, y a esto no me hade contradecir ninguno, pena de la vida. En segundo lugar, quiero que el rey de Dinamarca case con Claudomira, mi segunda hija, obligado siempre a la promesa del feudo que ha prometido darme; y Felisardo, si gustare, le daré a mi sobrina Clarista, hija de un hermano mío, que por su muerte tengo en tutela.

A todo esto no le replicó vasallo, antes todos con mucho gusto se holgaron tener a Carlos por su rey, el cual, besando la mano a Casimiro, dio la mano a Sol, desposándolos el arzobispo de Cracovia, que se halló presente: lo mismo hizo el de Dinamarca con Claudomira, y Felisardo con Clarista, que fueron llamados allí para este efecto, estando de ello muy gustoso el rey de Suecia. Apretóse el mal del polaco, con que murió dentro de tres días; hiciéronsele suntuosas exequias, y acabadas, fueron luego jurados por reyes de la Polonia Carlos y Sol, con que los lutos se convirtieron en fiestas; los demás señores se fueron a sus retiros con sus esposas, donde vivieron con mucho contento, y Carlos mucho más, que fue muy valeroso rey.